

MIERCOLES, JUEVES Y VIERNES CANTABROS

(15,16 Y 17 DE AGOSTO DE 2018)

Mi hija, que es una internauta de primera, nos ha elegido un lugar de la parte del golfo de Gascuña que baña las riberas septentrionales de España, o mar Cantábrico, para ir a pasar tres días con sus dos noches.

Nos ha elegido Mogro, Cantabria, un lugar de temperatura agradable, de amenidad y fertilidad, cubierto de vegetación, aunque hay mucho que andar y rodar para llegar allí.



Hemos salido de Burgos dos parejas a las ocho de la mañana y, cuando hemos llegado a nuestro lugar habitable, sobre las once, nos ha sorprendido el sol luciente que hacía; lo que me ha animado a mí a que me hicieran una foto junto a unas flores.



Mi amigo, muy majo él, pero de estilo cantabrón, ha dicho, al verme en esa pose:

-¡Mirad! ved un capullo entre las flores.

-Nuestra habitación va a ser un aposento opieza de la casa “La Joyuca del Pas”, en edificio ajeno, donde vamos a pasar mi esposa y yo nuestras dos noches de pasión.



-Menos lomas, caperucito, me dice ella, reprendiéndome como siempre.

Ella dice verdad, pues lo mío ha sido un discurso o razonamiento de chisme o falso sexo, pues ella, cuando hablamos de esto, siempre se pone a la distancia.

Los gobernantes, que son los dueños del hotelito, nos reciben con mucha cordialidad. Ellos dos son un matrimonio bien avenido. Nos reciben guapamente, bien, perfectamente. La mujer es como una madre abadesa, una cántabra de tomo y lomo, repleta de carnes, que guapea y ostenta ánimo en el porte. El esposo es como un padre prior zamorano con ostentación de elegancia y buen gusto en el porte; y se porta cual cura picaresco que festeja a los peregrinos del Camino de Santiago, sobre todo si son mujeres, pues este es un lugar de paso y fonda hacia A Coruña.

Nos duchamos, nos refrescamos y, preparados y acicalados, marchamos a la playa de Suances, con una arena ideal para mis pies, por cierto.

A las dos de la tarde hemos reservado para ir a comer a El Mirador de Suso, restaurante con cocina marinera del norte, con menú de comida estilo barra libre, en un local con vistas al mar y decoración sencilla sobre un acantilado y, al fondo una playa donde se entrenan surfistas, muy cerca del faro de Suances.

Este lugar parece una garganta por el espacio comprendido entre nuestra boca y la entrada del mar; hoz o estrechura entre montañas. Aquí es el reino de la Gargantería, glotonería. Nosotros, como verdaderos glotones, nos hemos puesto piponchos, hartos, llenos.

A los cafés, hemos salido a la balaustrada que da al mar y nos libra de sus garras. Sentados en una mesa de madera, hemos contemplado el cielo, especie de vestidura azul talar.

Junto a nosotros, en otra mesa, hay un grupo de cinco hombres y una mujer y un muchacho. A mí me parecen cómicos de la lengua. Mientras me tomo y saboreo un gin tonic, escucho que hablan al estilo de ganar en el juego del monte en el albur o en el gallo, o a la inversa, la judía o la contrajudía, cuando en las suertes inversas, del gallo o del albur salió la contraria.

Yo me quedo con lo más importante que me ha parecido a mí; sobre todo cuando hablan acerca de dios y el diablo. Uno de ellos decía:

-Mira que somos tontos, sándios. Dios son dos: El uno, el del cielo, y el otro, Satanás, dios de las mareas y los mares. Este es como el Guajamón o Bahanón de los cubanos, de pelo bayo tirando a amarillo, con cabos blancos y sueltos. El del cielo es un dios sin más, especie de bejuco parásito de forma triangular, que adora la fragosidad, espesura y aspereza en sierras o tierras muy montañosas.

Satanás, por su parte, es aficionado a vivir de guagua, de gorra, y a hacer tratos excesivamente ventajosos para él.

Al instante, habló la mujer, diciendo:

-Nuestra religión es como la Malanga, cierta planta y su raíz tuberculosa. Somos verdaderos mamelucos circuncidados o no, esclavos, que nos dejamos poner la mano de otro u otra debajo de la barba por caricia o burla; casi siempre burla, y adoramos o veneramos trozos de madera bien vestidos y alhajados. a los que hacemos alcaldes o alcaldesas perpetuas de nuestras villas, pueblos o corrales.

Me dio pena no poder seguir escuchando esta conversación, que me pareció del todo ilustradora e interesante, pues teníamos que volver a nuestro habitáculo a echar la siesta y, con un poco de suerte, mi pene echarle un casquete a la parienta, haciéndole a su Chocho un bizcocho blando y esponjoso como el que se hace en Méjico y que se llama Mamón.

No hubo sexo, pues no pude domar a mi caballería cerril; pero, mientras ella dormía y yo me hacía una paja, un rocío substancioso y milagroso como de arroz con leche le hice llover sobre su Chumino, parecido al que hizo Dios sobre los israelitas en su peregrinación por el desierto, o substancia gomosa que fluye de cierta especie de fresno.

Ya de tarde, nos fuimos a Santander, entrando en su Casino, donde nos encontramos como chotas y chotos perdidos en la Colegiata de Santillana, no apostando en nada. Después, entramos en el Bingo Benidorm, que como aquí es electrónico, nos aburrimos como ostras, no jugándonos más que diez euros.

Tomando cucuruchos de helados y alguna cerveza tardía, regresamos a “La Joyuca”, siendo las 13 h. a.m.

Con el tacatá del tren, despertamos al día 16. Después del abundante y espléndido desayuno, cogimos carretera hacia Noja, y sus playas de Ris y de Joyel ; Isla, y su Playa La Arena; Ría de Ajo, y más pueblitos.



El día salió fresco y con niebla que oscurecía más o menos el ambiente, y no dejaba percibir y apreciar bien las cosas. Parecía que

estuviéramos en la villa de Niebla. Estuvimos comiendo en un Nidal, o casa de comidas, que no recuerdo su nombre, regresando a “La Joyuca” a la hora de la siesta.

En la siesta, yo me desperté primero, pensando en lo que habían hablado aquellos cómicos de la lengua de El Mirador de Suso, diciéndome a mí mismo:

- Según la opinión de todos los viajeros y escritores, autores de obras muy estimadas de viajes por Arabia, por Asia, por las Américas y por toda Europa; historiadores y eruditos escribientes de muchas obras de gran mérito; las religiones todas, y todas las creencias, no son más que esa Nigua o insecto parásito del puerco y de otros animales, y también del hombre, que se introduce debajo de la piel del alma, formando allí una bolsita donde anida y cría.

Mi parienta, como saliendo de un nido de salangana, golondrina del remoto Oriente, la cual proporciona el manjar llamado “nidos de golondrina” muy apreciado por los chinos, y cuyo gusto se ha propagado por Europa, me apremió para que me preparase, pues marchábamos, ya mismo, a Suances, pues habíamos quedado con unos amigos de Comillas, que viven en Alcalá de Henares, Madrid, en su Paseo Marítimo; a los que veremos, de nuevo, en Canicosa de la Sierra, Burgos, en la boda de la hija de otros amigos.

Se pasó la atardecida hablando de muchas cosas con humor y picardía. Mientras las mujeres hablaban de sus cosas, nosotros, de vez en cuando, nos animábamos a nosotros mismos tocándonos los cojones y diciendo uno:

-Bien se está san Pedro en Roma.

Y otro:

-Quien larga lengua tiene a Roma va.

Y ja, ja, ja; marchando ellos a Comillas, y nosotros, a Mogro.

Amanece el día 17, lluvioso, y último de estar aquí. Hemos decidido que cada cual va a marchar por su cuenta. Nosotros hemos elegido ir a Santoña, no sin antes pasar por Langre, que me parece una trenza de espadaña forrada de pellejo que se pone en las colleras, yugos, etc., donde antaño, que no hogaño, se suicidaron varios santos, obispos, abades, mártires y confesores después de haber cometido pedofilia de clerecía o adulterio de mística lascivia;



Lo único molesto de este sitio es que, de vez en cuando, mientras comíamos, nos apestaba el olor activo y molesto que despedía la gasolinera de Repsol justo al lado.



Desde aquí, fuimos a Somo, que nos encantó con su Playa de Somo y Playa el Puntal, donde compramos boletos de Lotería Primitiva y Euro millón, bajando para El Astillero y Solares, y, desde aquí, coger dirección Torrelavega– Burgos, todo el tiempo lloviznando.

El regreso a casa fue llovedizo hasta llegar a Burgos, que nos esperaba con el frío típico de su única Estación, que es el invierno.

-Daniel de Culla